

# **Tierra adentro**

**Debates de nuestro tiempo**

**Juan Sánchez Vallejo**

© Juan Sánchez Vallejo  
ISBN: 978-84-96536-86-9  
Depósito legal: **BI-3054-07**

Diseño, maquetación y producción: Joseba Berriotxo - [www.erroteta.com](http://www.erroteta.com)  
Impresión: Cuatroas

Printed in UE.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización expresa por escrito de los titulares del Copyright.

# **Tierra adentro**

**Debates de nuestro tiempo**

**Juan Sánchez Vallejo**





*A Maribel*



## ÍNDICE DE MATERIAS

PRÓLOGO: ISABEL LÓPEZ AULESTIA.....	11
INTRODUCCIÓN.....	15
CAPÍTULOS:	
I. Perfil humano y científico de Freud (Un antes y un después en la historia de la psiquiatría)...	25
II. La antipsiquiatría (¿la renovación psiquiátrica que necesitamos?).....	43
III. Ley Corcuera y patrullas ciudadanas.....	51
IV. El acoso a la sanidad pública.....	55
V. Las verdades del “medicamentazo”.....	65
VI. La pastoral del arzobispo.....	69
VII. Adiós a la gran coartada.....	73
VIII. Alarmas farmacológicas.....	77
IX. Sobre las sectas y los sectarios.....	81
X. La eutanasia: debate abierto.....	89
XI. Los placeres de la vida.....	105
XII. La esquizofrenia y su estigma social.....	113
XIII. Implicaciones psíquicas en el enfermo de cáncer.....	127
XIV. Relación cuerpo-mente en la historia de la psiquiatría.....	135
XV. La psiquiatría y su memoria histórica.....	145
EPÍLOGO.....	153



De todo lo intentado ¿qué nos queda?  
Una tranquilidad hasta la muerte.  
Hicimos cuanto estuvo a nuestro alcance  
y hoy va, afluido, en la corriente.

*Gabriel Celaya*



## Prólogo

Quienes tengan costumbre de leer los prólogos de los libros coincidirán conmigo en que es lo habitual que se inicien declarando la sorpresa que ha producido el autor de libro al solicitar ese prólogo; ese estupor, junto al énfasis que se pone en el reconocimiento de lo inmerecido del honor que ello implica, suele sonar a una pudorosa y obligada falsa modestia. Aunque lo pueda parecer, no es mi caso ya que yo reconozco con toda sinceridad que jamás imaginé que ni mi larga amistad con Juan, ni mi coincidencia en la militancia política, ni el confesado placer con el que siempre me he acercado a sus libros, podrían ser méritos suficientes para que se me ofrezca esta posibilidad para la que hasta ahora nunca se me había requerido.

Debo añadir, además, que mis conocimientos de los vericuetos de la mente humana no van más allá del ligerísimo barniz de psicología recibido a lo largo de mi carrera universitaria, la lectura de alguna obra especializada y el punto de sentido común que he solido aplicar en mis relaciones con las personas que forman parte de mi entorno más cercano que, por grandísima suerte, es razonablemente equilibrado.

Lo único que puedo alegar como disculpa por mi atrevimiento es que mi buen amigo Juan ha sido advertido de estas deficiencias y que sólo su insistente confianza en mí me ha convencido para aceptar esta inesperada e inédita tarea.

Como no oculto, mi bagaje es pobre y a él hay que añadir el lastre del escepticismo y prevención con los que siempre me he distanciado de las diferentes y casi siempre contrapuestas teorías con que la psiquiatría suele pretender no sólo interpretar sino incluso curar las angustias y los tormentos que con frecuencia afligen el alma humana. De mi leve paso por el estudio de todas estas teorías guardo un especial recuerdo de las envenenadas disputas entre conductistas, gestaltistas y psicoanalistas y las sangrantes burlas que acostumbran hacer unos de otros.

El autor, no sólo en esta obra, sino en los frecuentes y didácticos repasos que suele hacer a la historia de la psiquiatría, no esconde estos desencuentros tan inusuales en el campo de las consideradas ciencias exactas, es más, los asume como un componente más de una ciencia que centra su objeto de estudio en el ámbito más íntimo de la conciencia humana, y nos advierte de la vulnerabilidad de este reducto muy apetecible para la manipulación al servicio de intereses casi nunca confesados, por no decir manifiestamente inconfesables.

En medio de este maraña de teorías, Juan hace gala de un prudente y sano eclecticismo, tomando lo mejor de cada una de ellas, lo que le permite impregnar la práctica de la psiquiatría con una dosis admirable de sentido común y un rechazo categórico de cualquier dogmatismo, a lo que añade, eso sí, el compromiso inequívoco con una visión del ser humano y de la sociedad coherente con su ideología progresista.

La combinación afortunada de estos ingredientes es patente en esta recopilación de artículos y conferencias compuesta por una acertada selección de los temas que han sido una constante en la obra del autor: el esfuerzo pedagógico para acercarnos a la comprensión de la evolución y de los distintos enfoques y prácticas de la psiquiatría; la aproximación a la enfermedad mental desde una rica experiencia pro-

fesional forjada en su intensa dedicación a la práctica ambulatoria; y la reflexión crítica hacia la sociedad actual hecha con la sinceridad y valentía de un intelectual comprometido que ve en ella el origen de muchas de las enfermedades mentales cada vez más extendidas y que está convencido de poder transformarla.

Deseo a quienes se acerquen a esta obra de Juan que disfruten con su estilo directo y a la vez punzante lleno de sugerencias y de claves para reflexionar sin prejuicios y sin dogmatismos sobre muchos de los problemas que surgen de una sociedad cada vez más compleja. Estoy segura de que conseguirá “remover nuestras neuronas”, lejos del “adoctrinamiento” y de la “apestosa colonización mental”, como él mismo señala categóricamente en su Epílogo.

Y una última reflexión: cuando intento imaginar el funcionamiento de la mente humana la idea que me represento es la de un laberinto, en el sentido negativo, pero también positivo, que tiene para mí esta palabra; es el lugar en donde uno corre el riesgo de perderse, pero también el territorio de las múltiples opciones y posibilidades y una metáfora de la complejidad de la vida.

Esta obra de Juan va marcando señales en los recodos y bifurcaciones del laberinto para que no nos extraviemos en el viaje que cada cual debe recorrer pero, sobre todo, para que nos ayuden a conocer mejor el propio laberinto. Porque, como lúcidamente escribía José Bergamín, *el que sólo busca la salida no entiende el laberinto y, aunque la encuentre, seguirá sin entenderlo.*

*Isabel López Aulestia*



## INTRODUCCIÓN

Como irán ustedes comprobando a lo largo y ancho de la lectura de este nuevo libro que publico, los temas abordados son ciertamente variopintos, tanto en sus contenidos propiamente dichos como en sus secuencias cronológicas o históricas. Entre otras razones porque un servidor lleva ya una buena taca de años ejerciendo de psiquiatra, médico de familia y (quiero también suponer) de persona. En este prolongado período de praxis profesional y humana he ido escribiendo y publicando una serie de artículos, comunicaciones y ensayos que ahora intento aunar en este volumen.

Obviamente las limitaciones de espacio me obligan a ser comedido y selectivo a la hora de encadenar, lo más racional y didácticamente posible, las materias que son objeto de análisis y crítica, guiándome para esta complicada labor por un afán de afrontar aquellos asuntos que entiendo son o han sido de interés social, tales como las enfermedades mentales, la eutanasia o la memoria histórica, pongo por caso.

Determinados temas podrían estar destinados a lectores más concretos o avezados (abordo la importancia del psicoanálisis freudiano, o la esquizofrenia), pero estos temas, digamos más rebuscados o específicos, son abordados siempre desde una perspectiva social más que médica. No persigo en absoluto hacer una fatua erudición por lo que ello contiene de ejercicio intelectual vacuo de contenido analítico.

Se pudiera decir que late más en mi ánimo el abordaje crítico de aquellos fenómenos sociales que hacen o deberían hacer vibrar la conciencia del individuo contemporáneo. Porque entiendo que es la reflexión permanente la que ha de servirnos para entrar en línea recta hacia el meollo de las cosas; la tierra que habitamos da para muchos debates que han de ser estimulados permanentemente, en evitación de que lo que nos atañe como seres racionales pase a nuestras conciencias y voluntades sin el tamiz del razonamiento lógico.

Así pues lo primero que da una cierta homogeneidad a este libro es el, llamémoslo así, **elemento reflexivo**; la crítica como ejercicio intelectual y fuente de beneficios humanos que pueden sacar al “homo consumens” contemporáneo de su indigencia emocional e intelectual.

Un segundo elemento conductor podría ser también mi consciente y decidida renuncia a pretensiones docentes o de adoctrinamiento, no solo porque mis probables carencias me lo impedirían sino, y más bien, porque las soluciones y propuestas en temas tan controvertidos como los aquí elegidos serían un estéril ejercicio de prepotencia a todas luces dañino y hasta molesto para el lector.

Dejo a éste la función de metabolizar intelectualmente los contenidos de este libro y, en consecuencia, el aplicarse las moralejas que considere más oportunas, aunque supongo que ajustadas a sus más íntimas convicciones.

Propondría que esta lectura se ciñera simplemente al mero análisis activo, para que todos los lectores se estimulen en este sano ejercicio, lo que sin duda les llevará a una auténtica catarsis siempre liberadora y relajante.

Tengo que advertir ahora, haciendo un brevísimo paréntesis, que los contenidos del libro los he elegido desde el conocimiento próximo de los mismos. Son materias que por muy diversas razones de índole personal y profesional, tanto desde la actividad de médico generalista como de psiquiatra, he tenido ocasión de abordar a fondo. Aunque también hay alguna ex-

cepción, ya que en algunos temas (por ejemplo el que hace referencia a las sectas y sectarios) los criterios que han fundamentado mi opinión parten de otro tipo de experiencias personales en el complicado campo de la militancia activa tanto política como sindical. Digamos que el contacto permanente con “compañeros de viaje” me ha permitido saber con cierta holgura de criterios lo que significan los dogmas y las sectas, o si lo prefieren los dogmáticos y los sectarios.

Volviendo ahora al asunto de los hilos conductores que desarrollan el trazado de este libro, tendré que hablar de mi clara vocación contestataria con que he ido escribiendo a lo largo de mi existencia. Es esta (y espero siga siéndolo) una disposición vital que se basa en no querer mirar al mundo tras las lentes que otros nos van colocando prácticamente desde que nacemos. Quiero ver el mundo con mis propias lentes. O mejor aún: sin lentes. Quiero verlo todo con mis propios ojos.

¿Quiénes son “esos otros” que nos colocan esas lentes para que veamos al mundo como a ellos les interesa? Esta pregunta se me antoja muy compleja para ser contestada a vuelapluma, sin un debate serio y profundo. Contestarla equivaldría nada menos que a mostrar quiénes manejan los hilos de la complejísima información que hoy día bombardea de forma inmisericorde la mente humana.

Si hay algo de lo que el hombre de nuestro siglo no puede quejarse es de la capacidad técnica para recibir permanente información desde cualquier parte del mundo y en pocos minutos. Quizá esto sea justamente uno de los grandes problemas actuales: la agobiante información que dificulta una necesaria labor intelectual de “limpieza y selección” del material informativo que recibimos. Se puede decir que hay tal saturación informativa que ello impide una exigible reflexión que digiera el material internalizado. Informativamente hablando el hombre de hoy **nada mucho pero bucea poco**.

Ocurre que para digerir adecuadamente tan desaforada información es condición sine qua non el conocer quién nos la

da; es decir: qué persona, entidad u organismo nos invade la mente. Sin este requisito nos resultará complicado entender algo tan básico como la intencionalidad de la noticia. Por ejemplo: no es igual que se hable de las propiedades de un fármaco desde la propia industria fabricante o desde un organismo cualificado y ajeno a los intereses de aquella.

Desde luego las noticias recogidas en medios controlados por la derecha (pongo por caso) van a tener un sesgo bien diferente a las mismas noticias escritas en medios tutelados por el centro o la izquierda. Y conste que no me refiero solo a las noticias de contenido político sino también a todas aquellas alejadas (al menos aparentemente) de dichos contenidos. Alguien puede escribir sobre la eutanasia, pero probablemente trasladará a los escritores tales o cuales mensajes de interés proselitista.

En una palabra: la neutralidad de los acontecimientos humanos comentados a través de los medios de comunicación es música celestial.

Incluso habría que decir aquí lo que muchos filósofos, sociólogos e intelectuales afirman en torno a la ciencia; aquello de que la ciencia siempre acaba colocándose en un sitio concreto, sirviendo a una u otra causa según dicten las circunstancias.

Sé que no digo nada nuevo al respecto pero hay cosas que conviene recordar de vez en cuando.

Por tanto toda noticia e información, proceda de donde proceda, está firmada por alguien que intenta trasladarnos alguna intencionalidad en consonancia con perfiles éticos o ideológicos, lo firme una persona o entidad. Esto es una obviedad, pero justamente en la obviedad reside otro de los grandes problemas que se cruzan u obstaculizan la interpretación de los hechos; en la obviedad se esconden mecanismos sutiles de colonización y manipulación intelectual de los medios de comunicación de masas. Porque **lo obvio** no es inocente; nunca lo ha sido ya que llega a confundirse con **lo normal**, y esto con **lo correcto**, y lo correcto con **lo deseable**.

He aquí una sucesión de elementos intelectuales que transcurren en nuestra mente por vía casi inconsciente, creando en el individuo contemporáneo una mistificación y confusión negativa para su equilibrio psicológico, así como para su capacidad de pensar y elegir (en resumidas cuentas, de ser libre).

De esta manera, y a través de estos mecanismos mistificadores, la mentira y la hipocresía llegan a ser consideradas como inevitables en la conducta de nuestros días. Y ante la supuesta inevitabilidad de la mentira el que no miente resulta ser el “poco creíble”.

La manipulación cabalga pues a su libre albedrío, erosionando sistemáticamente la capacidad de respuesta crítica del ser humano. La resultante es que nuestra sociedad de masas se halla compuesta mayormente por individuos **acríticos**, apresados en el pensamiento plano y amorfo, y, lo que es más preocupante, teledirigidos hacia el consumo como filosofía del existir: “*consumo luego soy normal*”, o si lo prefieren: “*soy normal luego consumo*”. Y cuando hablo del consumo no me refiero solamente a la adquisición de mil y un artículos absolutamente prescindibles. Me refiero esencialmente a esa disposición para adquirir todo por el hecho de poseerlo: poseer salud, poseer fármacos, poseer noticias, poseer Internet, poseer cine y teatro, y museos, y sexo, etc. Eso sí, una vez poseído el objeto deseado no se sabe para qué sirve, ni que necesidades nos ha cubierto realmente.

Retomemos ahora de nuevo al tema que nos ocupa en esta breve introducción de este volumen, y que en este caso consiste en proseguir explicando esos fundamentos que entiendo dan cohesión a sus plurales contenidos. Efectivamente tengo que hablar también de fechas y hasta de épocas, porque de no hacerlo los lectores podrían quedar sorprendidos con algunos análisis realizados en circunstancias y épocas muy especiales. Pongo como ejemplo o paradigma el ensayo con el que arranca el libro y que versa sobre la vida y obra de Freud, realizado en Sevilla allá por el año 1971, en pleno franquismo.

Advierto esta circunstancia porque al lector que haya tenido la fortuna de no haber conocido aquella época no le va a resultar nada fácil comprender la importancia que para un servidor, por entonces aspirante a psiquiatra, tuvo el poder estudiar semiclandestinamente a Sigmund Freud, considerado por entonces en los ámbitos de la profesión psiquiátrica y de la enseñanza oficial de la psiquiatría como una especie de brujo o chamán con teorías dignos de ser enviadas directamente a la hoguera ¡Freud convertido poco menos que en referencia del rojerío progresista! Así estaban las cosas en aquellos años (década de los 60 y 70 del siglo XX).

Y es que los tentáculos de aquel siniestro régimen dictatorial abarcaban mucho espacio; más bien todo el posible. El empobrecimiento cultural e intelectual de aquellos tristes años llegaba a situaciones esperpénticas, sobre todo en lo tocante a la moral sexual y “las buenas costumbres”. Por tanto había que eliminar de los centros de enseñanza de la psiquiatría todo vestigio que supusiera dar luces sobre el auténtico sentido del sexo (o libido), entre otras cosas porque ello conllevaba el abrir en canal la hipócrita y mojigata moral nacionalcatólica.

Claro que si esto ocurría con Freud qué decir de W. Reich, psiquiatra maldito por excelencia (sí, el que entendía el sexo como instrumento político y contestatario); o con las movidas antipsiquiátricas que culpabilizaban al sistema de todas las patologías mentales, intentando poner en práctica terapias que reconvertían al loco en contrastado contestatario o revolucionario.

Cualquiera que osara beber de estas fuentes psiquiátricas heterodoxas podría encontrarse en graves aprietos profesionales e incluso políticos.

Recuerdo que a los que estudiábamos o nos interesábamos por Freud, o cualquier otro psicoanalista, se nos llegaba a tildar de “politicólogos”, con lo que este epíteto suponía en aquella época.

Afortunadamente aquello pasó, al menos formalmente. Pienso sinceramente que las cosas van cambiando, si bien es

verdad que no es oro todo lo que reluce. Me explico: los intereses del libre mercado, que es la base de la ideología “políticamente correcta” del llamado mundo occidental en que nos encontramos, son los mismos (aunque varíen y se civilicen las formas políticas bajo las que se desarrolla). La democracia “formal” (ni siquiera se tiene el recato para disimular los adjetivos) es justamente eso: una forma o una estética que acicala lo más feo del sistema, que no es sino su descarnada lógica del dinero y la ganancia a costa de lo que sea, incluido la salud y la vida.

Si nos ceñimos a nuestro ámbito profesional veremos cómo el sistema en el que nos movemos sigue considerando a la locura como una alteración más o menos abrupta de los cánones de conducta que rigen para la **normalidad**, con lo que al loco se le acabará situando en la más estricta e irreversible marginalidad. Y si alguien osa advertir del potencial humano y contestatario e incluso revolucionario del loco, considerando que éste rompe con el orden lógico establecido, ese “alguien” (psiquiatra, psicólogo, sociólogo o enseñante) es probable que acompañe al loco en su carrera hacia el ostracismo.

Pasando ahora a otros contenidos del libro, no estrictamente situados en este ámbito de la praxis médico-psiquiátrica, el tratamiento de estos otros temas (eutanasia, homosexualidad, industria farmacéutica, memoria histórica) viene a ser el mismo que vengo comentando: el estudio pausado que saque al lector de las inercias habituales que contienen las publicaciones que una y otra vez aparecen en los diversos medios casi siempre con ocultos deseos proselitistas en lo ideológico.

De estos últimos temas hay algunos que siguen desatando muchos “demonios” e inercias atávicas e irracionales. Por ejemplo la eutanasia o la homosexualidad. Y es que hay instituciones que siguen empeñadas en mantenernos en el limbo de los imbéciles. Son auténticos “poderes fácticos” que siguen en sus trece de ver en todo aquello que hace andar y progresar a la humanidad un cataclismo moral. Lo que digo: nos quieren mantener en minoría de edad permanente.

El asunto del divorcio, o el aborto, o el uso del preservativo o el matrimonio gay, levantan aún auténticos sarpullidos en estas sacrosantas instituciones. Parece como si al tocar estos asuntos resurgiera el carpeto-vetónico grito de “¡vivan las caenas!”, como recurso visceral y hasta amenazante en muchos casos. Grito éste que diríase forma ya parte del inconsciente colectivo de nuestro pueblo.

Aunque dificultosamente vamos empujando el carro hacia la dirección del progreso. Pese a todos estos reaccionarios recalitrantes “la nave va”, entre otras cosas porque las ansias de libertad en el ser humano son más potentes que las de la reacción. El Eros vencerá al Tánatos. Quiero ser optimista a pesar de todo, aunque a veces tenemos sobrados motivos para no serlo.

No quiero finalizar esta introducción sin hacer referencia explícita a uno de los temas más atractivos de este volumen. Trátase de una conferencia que pronuncié en San Sebastián, a propuesta de la asociación de familiares de enfermos psíquicos de Guipúzcoa (AGUIFES), y con motivo del día mundial de la salud mental.

Y es que la temática abordada es un tanto especial; requiere un recorrido por la historia de la filosofía y la medicina, y, más en concreto, exige el abordaje de las relaciones entre el alma (o psique) y el cuerpo desde una perspectiva no tanto filosófica como médica o psiquiátrica. Es la controversia permanente que sigue produciendo enormes fricciones entre los que entienden las enfermedades del alma como mero resultado de las alteraciones del cuerpo, y, de otra parte, los que opinan que en el alma o la psique habría que buscar la responsabilidad de las dolencias corporales. El debate continúa y creo que continuará mucho tiempo, por fortuna.

En fin: queda ahora en manos del lector la tarea de valorar críticamente estas modestas aportaciones de un servidor.

Espero y deseo que la lectura de este libro sea útil al lector, y que origine en el lector una disposición de actividad

crítica hacia aquellos temas que, como reza el subtítulo del libro, son del interés de la sociedad de nuestros días.

Personalmente tengo la convicción de que los asuntos humanos más conflictivos y enquistados acaban perdiendo su “toxicidad” cuando se les encara y se les “pierde el respeto”.

Rubrico esta introducción con una frase de Balzac que creo sintetiza estos deseos: “*la reflexión es el preámbulo de la acción*”. Espero que así sea.